

Fragmento de una lección de Daniel, shamán matsiguenga

France-Marie Renard-Casevitz*

Los Matsiguenga son el grupo más meridional de un vasto conjunto establecido desde hace siglos sobre el piedemonte andino del Perú, al este de regiones que se extienden entre Cuzco al sur y Huánuco al norte. Es un grupo *pre-andino* en la clasificación de la familia lingüística arawak propuesta por K. Noble (1965, Mouton). En el seno de los pre-andinos, los "Campa", es decir, los *Nomatsiguenga*, los *Ashaninka* (ríos Ene, Perené, Tambo, Bajo Urubamba y Ucayali, Gran Pajonal) y los *Matsiguenga* forman un sub-conjunto por la lengua y la cultura; en efecto, desde el punto de vista lingüístico, a pesar de variaciones más o menos grandes, estos tres grupos se comprenden mutuamente. Este sub-grupo constituye en la actualidad uno de los más importantes de la Amazonía (más de 60,000 individuos) y su proximidad lingüístico-cultural, que data desde siglos, no ha cesado de manifestarse en el establecimiento de comunidades mixtas y de intercambios matrimoniales. Así es en la región del río Picha donde las circunstancias históricas han creado importantes comunidades mixtas compuestas por *ashaninkas* emigrados del Tambo y *matsiguengas*.

En cuanto a los Matsiguenga, pueblan en su mayoría el medio Urubamba y sus afluentes y se extienden hacia el este, hasta las riberas del Manu y del Alto Madre de Dios. En cambio, al oeste, queda aún en las orillas del *Apurímac* un pequeño número de ellos que poblaron hasta las fronteras incaicas de la provincia de Vilcabamba en los siglos XVI y XVII.

El texto aquí presentado es un breve extracto de las lecciones que me ha dado, en su propia lengua, Daniel, un shaman matsiguenga que vive en el curso medio del Picha. Más o menos de unos 63 años de edad en aquel tiempo (1978), vivía cerca de Mayapo, un ca-

serío-escuela recién entonces formado alrededor de un maestro preparado por el Instituto Lingüístico de Verano, pero que había pasado la mayor parte de su vida en el Alto Picha para escapar de las *correrías* realizadas por pequeños patrones locales o por mercenarios para alimentar el mercado de esclavos o procurarse mano de obra gratuita (según tengo conocimiento, la última venta de esclavos tuvo lugar en Atalaya en 1954).

El texto mencionado, es un fragmento de algunos puntos desarrollados dentro de una conversación libre que venía a completar la enseñanza de la víspera: las preguntas de mis colaboradores, Marcial, criado por un shaman, y Eulalia, su mujer, o las realizadas por mí misma, recibieron respuestas bastante breves como para que puedan ser presentadas en estas páginas. El objetivo de este texto es el de ofrecer, bajo diversos sesgos, algunos temas que se debieran grabar en nuestras memorias. El inconveniente es la distancia poética y el trabajo de depuración sobre las palabras usadas por el shaman, las cuales se diferencian de las de la lengua cotidiana, distancia y trabajo propios a la búsqueda filosófica que caracteriza la reflexión shamánica.

Al fin de las últimas lecciones, Daniel me dijo: "cuando te irás a tu tierra, a la tierra de los Wiracocha, dirás: ¡he aquí lo que me enseñó mi padre!" Tengo que cumplir y empezar a transmitir el pensamiento de un sabio matsiguenga sobre su mundo, su cultura y su sociedad; al fin, sobre el ser humano.

Arriba(1) es el primordial verano (de sol) que hace estallar las piedras(2)

Al(sol) del empireo(3) se le ve siempre dar la transparencia clara del día.

El no se engulle jamás, mar de luz (al zenit) para siempre amarrado.

La noche no existe en el empireo, el inmutable, así es él;

no se engulle, a diferencia de este(sol)(4) que entrando, se oculta cada día,

así es el que mora allá, en el empireo...

Este de abajo, aquí abajo, ¿cómo sería semejante manantial de un día eterno?

Sí, a medida que desaparece, la noche se esparce.

En cambio, él está inmóvil en el zenit del empireo, no se oculta allá abajo, no se oculta ése;

no da vueltas, el eterno del empireo, él, el don perpetuo, sin noche.

Este sí da vueltas y por eso se extiende la noche, en tanto

aquél no sería ser nocturno, eterna luz a sí misma parecida...

(*) Una versión más extensa del texto que presentamos ahora, apareció en el No. 7 de la Revista Amerindia (1982). Su recopilación, transcripción y traducción, primero del matsiguenga al francés y luego de éste al español, han sido realizadas por la antropóloga francesa F. M. Renard-Casevitz, miembro del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia y del equipo de investigación en etnología sudamericana (ERA 715).

Allá abajo El(5) le ha llevado... le ha llevado allá donde no da vueltas...

¿Luna? El, Luna, ha llevado este sol(4), éste que es fuente del visible aquí abajo;

Ahí está arriba dando vueltas Luna, está ahí arriba. Pero ése, el primordial que hace reventar las piedras, es el señor,

y antiguamente El(5), gracias al cual tiene vida, lo ha creado primero y por eso hace reventar las piedras.

Inmutable manantial de luz, mora por siempre inmóvil en el empireo;

no da vueltas, no se oculta entrando cada noche, Siempre es de día allá donde viven los Saangariíte (6), aquellos que soportan y están habituados a su ardor, en esta luz donde no se verán jamás morir; son la gente del Ser(7) y aquellos por cierto no ven su muerte, verdad,

por eso moran en su compañía en el empireo donde ellos lo ven flechar sus flamas;

moran en su compañía, viven de su vida, toleran su ardor.



El shamán conserva la tradición y actúa como intermediario entre las fuerzas sobrenaturales y la sociedad.

Nosotros no soportaríamos absolutamente vivir allá arriba, nos quemaríamos toc... toc...(8), nos cocinaríamos, ciertamente...

el agua, El(5) la ha creado, y se derrama, el agua de vida...

El que ha creado todo, que ha creado a todos, que ha creado al árbol...

Es su semilla(9) que ha tomado para hacerlos existir...

El árbol(10), ése que es transparencia centellante y que vive donde vive Inti(7).

No podría vivir si fuera parecido a este árbol mortal de aquí abajo que se abrasaría, al instante brasas...

en verdad que no sería más que cenizas esta selva, ardería, toda consumida,

mientras que éstos no arden porque son de agua fresca de inmortalidad, esos (árboles) del empireo, son transparencia brillante y viven flameantes, como mil reflejos de su resplandor...

Cómo podría hacer reventar los árboles, frescos cristales de agua(11),

cuando el agua de inmortalidad es su savia siempre fresca.

Es verdad que El ha soplado (la semilla), es verdad que El le ha insuflado su palabra creadora: shooo...

y la ha transformado, convirtiéndola en seres de fuego, sí,

en Sáangariíte, los seres de transparencia luminosa y que no se puede verlos andar;

ellos que El ha creado muy poderosos, poderosos como esa agua sagrada

donde se hunden sin verla, no, sin ver jamás la hora de su muerte,

por la muda que los despoja de su piel envejecida, porque ellos mudan...

son ellos que viven al lado de aquel que tú nombras *Tasoríntsi*, son ellos.

son ellos que viven al lado de aquel que les ha agrupado...

Es verdad que él(13) ha desdeñado antiguamente a su creador

y por eso es que a partir de allí muere el hombre; si no lo hubiese desdeñado, no habría entonces muerto y nosotros tampoco la veríamos (a la muerte) ahora;

no nos envejeceríamos, cada día un poco más, no nos envejeceríamos hasta ser seniles,

semejantes a aquel que vive (en el empireo) sin decaer;

él se mantiene siempre tal como era antiguamente en su primera juventud

él muda, siempre idéntico a sí mismo, como camarón cuando muda, ¿lo has visto?

¿Has visto al camarón cuando muda?

Pero se enfadó (el joven que lo ha desdeñado), cuando *Tasoríntsi* antiguamente lo llamó silbando para que deponga su piel envejecida...

Pues si lo hubiéramos escuchado antiguamente él hubiera mudado su piel y en el transcurso del tiempo nosotros también mudaríamos;

haciéndolo así antiguamente, no hubiéramos jamás visto la entrada oscura (adueñarse de nosotros)

y esta muerte que es nuestra, nosotros no tendríamos que sufrirla ahora;
 por cierto nosotros seríamos inmortales como aquel del empireo
 él, el ser que es inmortal e ignora la muerte.
 De la misma manera que el paucar (14), él muda, muda él, el paucar, dejando su vieja piel, ¿lo has visto?
 Es eternamente joven, mudando allá arriba de manera que no muere;
 se va a bañar en las aguas de juventud gracias a las cuales se renueva:
 son los espíritus todo de blancura, sí, verdaderamente,
 de manera que es parecido a aquel que goza de la vida eterna.
 En cuanto a nosotros, es porque hemos escogido antiguamente, que somos mortales
 y que nos morimos y nos podremos poco a poco.

NOTAS

1. *henó-kí* = "en alto", *sábi* = bajo; se oponen en sentido absoluto. Como el punto de referencia es aquí nuestro mundo, *henó* designa "lo más alto", "el empireo", término que adoptaremos en adelante. Del mismo modo, en un viaje hacia lo abajo, *sábi* designa los abismos infernales. Los Matsiguenga conciben dos mundos por encima de la tierra: el mundo de las nubes y del primer cielo donde habitan aquellos que comandan el tiempo, Luna -*Kashí-ri*- y uno de sus hijos, nuestro sol; el mundo superior o segundo cielo del cual se trata aquí. Existe otras parejas de oposición arriba-abajo: *kátongo* = "río arriba", *kamátika* = "río abajo"; *nikorito* = "cima de un monte", *otapikí* = "su base", el piedemonte.
2. "Hacer resplandecer -o estallar, reventar- las piedras", significa igualmente revelar la otra realidad de las cosas, la verdad más allá de la apariencia. Una actividad esencial del shamán es comunicar su conocimiento a los suyos y poder guiarlos con él para revelarles estas realidades subyacentes al mundo profano de las apariencias; de este modo quiere llevarlos a descubrir los pueblos de las aguas y de las rocas que él ve y a los cuales va a visitar por medio de su jugo de tabaco. La apariencia de una especie de puerta que es necesario franquear o pulverizar para ver y saber. Calificado de este modo, el sol del empireo es aquél que hace refulgir todas las apariencias y lo inmediato para poner a la luz realidad y verdad.
3. Daniel habla aquí del segundo cielo de la cosmogonía Matsiguenga, el empireo, y de su rol fijo. Los cuatro soles, luna y los estrellas son seres animados, generalmente de género masculino. En su uso diario se traduce como "es de día"; no obstante, el concepto de blancura y de transparencia es demasiado importante en el simbolismo y la ideología matsiguenga, y más precisamente dentro de este texto, como para limitarse al sentido banal de esta expresión. El paréntesis corespone -en éste y otros ca-

sos- a una palabra restituída en la traducción para darle mayor claridad al texto.

4. Se refiere a *Poreatsiri*, uno de los nombres de nuestro sol en eclipse diario, el sol de nuestra tierra. En el mito selénico, los cuatro soles son hijos de Luna y de su esposa matsiguenga quien muere al dar a luz al benjamín; su poder es tal que quema la tierra cuando está ubicado en el primer cielo y Luna lo conduce dentro del empireo para fijarlo. Daniel, se ve, ha repensado la tradición memorizada del mito.
5. Se refiere al Creador del sol primordial y de los seres inmortales.
6. *Sáagaríte*: pueblos de seres celestes inmortales, seres transparentes como luz; permanecen invisibles incluso a aquellos que toman ayahuasca cuando no son ni shamanes ni entrenados por un shaman para verlos. Como las etnias humanas, hay diversos grupos de *Sáagaríte*. La raíz *saa* sirve para componer palabras como limpio y transparente y, sobre todo, "cristal" = *saanakiri*.
7. Se refiere a Inti que es, igualmente, el Ser y uno de los nombres del empireo y de su sol. Quiere decir él Es o el Ser (*i-nti* = él-es, *o-nta* = ella-es). Se trata aquí evidentemente de inmortales del empireo que participan del ser inmutable de su sol. No es, como podría parecerlo, palabra quechua.
8. *toc... toc...*: onomatopeya del crepitar de la grasa que chorrea de la carne en proceso de asarse.
9. El Creador del agua y del árbol de la vida ha creado a los *Sáangaríte* con la semilla del árbol. Es la semilla del árbol de la vida expandiéndose en el empireo. La imagen que se da evoca una nuez de cristal.
10. En matsiguenga el plural es bastante raro. Las fórmulas son en singular, pero se trata del árbol en sentido colectivo, la vegetación de arriba opuesta a aquella de abajo.
11. El sol de arriba haría reventar las piedras de nuestro mundo, pero conviene a la vegetación del empireo hecha de agua y vida. Se refiere aquí al 'agua de inmortalidad' que constituye la naturaleza del árbol. La frescura es una idea unida al agua de inmortalidad (y de juventud) y a la vegetación que ella nutre; además de su transparencia luminosa, los árboles son frescos, se ha insistido, porque siempre son jóvenes y vigorosos, porque siempre son refrescantes, de ahí un mundo eternamente primaveral a pesar de su sol agobiante.
12. *shoo...*: onomatopeya del soplo que crea, transforma, sana.
13. El sujeto sobre entendido es el 'hombre joven'. De esta manera, Daniel evoca el mito de origen de la muerte: todos los seres terrestres debían responder al llamado de su creador, uno de los dos Todopoderosos o un Sáangaríte, según las versiones, para ir a depositar su piel envejecida y renovarla gracias al agua de juventud. El llamado sorprende al hombre joven en pleno sueño; por pereza, no se digna a levantarse para responder y elige así la muerte para la humanidad, al contrario de los animales que mudan, tal como el camarón.
14. Se refiere a las aves conocidas como paucar (*kátsari* en matsiguenga). Son todos los *Icterocephalus* negros o pardos, de pico amarillo o marfil, con las plumas rectrices amarillo dorado. Especies: *Ocyalus latirostris*, *Clypicterus oseyi*, *Psarocolius decumanus*. Estas aves pueden construir sus curiosos nidos, largas bolsas suspendidas a las ramas de los árboles que generalmente se desploman sobre el río. Las plumas rectrices amarillas de los paucars constituyen lo esencial de una de las coronas de fiesta preferidas por los Matsiguenga. Los paucars de los cuales se trata aquí son un pueblo de *Sáangaríte*, los *Kátsaríte*, que adoptan esta forma para sus viajes terrestres. Son seres invisibles a los ojos profanos; viven en los cielos pero vienen a asegurar la reproducción de sus homónimos terrestres, tomando entonces su apariencia. En general, la muda de plumas es también parábola de inmortalidad.